

Pero los Estados Unidos no quieren territorios, sino el gobierno de esos territorios; no quieren mares, golfos ni bahías sino el mando en esos mares, golfos y bahías.

¡A esto llaman su *legítima defensa*! Para esto no quieren buenos gobernantes en la América Latina sino traidores a la patria que les dió la vida; no quieren bochiches en Hispano América sino los bochiches que ellos fomentan para cazar caudillos consecuentes a la conquista. Ellos no quieren el dominio de las aduanas sino el manejo y el dinero de estas aduanas.

¡A todo esto llaman su *protectora intervención*!

Ellos quieren la concordia americana, ellos anhelan la fraternidad americana, pero léase, de tutores norte americanos.

¡A esto llaman *panamericanismo*!

¡A cada palmadita que dan con él al hombro del indio hispano le arrancan un girón de su propia alma ¡y se quedan tan frescos!

Por todos los medios se convencieron los Estados Unidos de la ilegalidad del gobierno de Adolfo Díaz para tratar con él, persuadidos están los

norteamericanos de la traición de ese Gobierno desleal, y, sin embargo, el discurso de Mobila, las declaraciones de Indianápolis de Mr. Wilson, se olvidaron. Se desoyeron las protestas, se despreció el derecho, se repudió la justicia.

Hoy sólo quedan de aquellas falsas promesas y de aquellos nobles esfuerzos, un fruto: un esclavo más en América, Nicaragua, nacido al rumor del beso panamericano con que los Estados Unidos sellan por séptima vez la concordia y la fraternidad del Nuevo Mundo.

Dios sabe a donde van los grandes injustos. Roma, con ser tan poderosa y sabia, se hundió en sus excesos. Las grandes potencias de Europa pagan hoy ¡sabe Dios cuántas injusticias calladas! ¡Los EE. UU., ese pueblo poderoso y arrogante con los débiles, ya verá las astillas de su armazón de hierro y oro, de absorción y de injusticia, cómo vuelan al soplo formidable de la avalancha que hará estremecer nuevamente al mundo.

¡América entonces, herida, no será de ellos, será su tumba.

LUIS MEJIA MORENO.

Honduras, 1916

Vibrante discurso pronunciado por don Felipe Molina Larios ante la estatua de Juan Santamaría.

Soy portador del homenaje de cariño que los profesores y alumnos del Instituto de Alajuela quieren tributar a la memoria del héroe; vengo a decir la palabra de admiración que palpita en nuestros labios cuando en nuestro pensamiento se abre—como una maravillosa flor de luz—el recuerdo de la hazaña magnífica;—traigo—como una corona de siemprevivas—una manifestación de la gratitud que todos sentimos por el incendiario sublime que con el tizón en la mano y el patriotismo en la conciencia, fué, sereno como un Dios, a entregar su vida al sacrificio para que los centroamericanos pudiésemos vivir la nuestra, libres é independientes.

Grato es para mí el encargo! Grato por dos razones; porque considero honroso representar a mis distinguidos compañeros del profesorado, y a una juventud respetuosa sin servilismo é inteligente sin pretensiones, y por que me da ocasión para poner en la solemnidad de esta hora un poco del incienso que ante la memoria del Erizo inmortal quemó el corazón agradecido de mi Nicaragua infeliz.

Per o cuán difícil hablar en este instante con la voz de la conciencia sin usar la adjetivación que merecen los facinerosos vulgares que el 56 quisieron despojarnos de nuestros bienes más preciados: la propiedad y la libertad, y los facinerosos de alta escuela que están hoy despojándonos de esos bienes. No puedo, ni debo, ni quiero sujetar los impetus de mi indignación, y por lo mismo relevo a mis estimables comitentes de la responsabilidad de mis palabras, responsabilidad que asumo exclusivamente.

Si es verdad que glorificar a los héroes es signo de virilidad en los pueblos, este bronce, y el entusiasmo con que los costarricenses vienen a depositar en él las flores más hermosas de su pensamiento y los más delicados perfumes de su corazón, entrañan una bella esperanza para la libertad en peligro.

Pesa hoy sobre la vida centroamericana un peligro mayor que el conjurado el 56 por el patriotismo costarricense. Porque ya no se trata de la conquista violenta por bucaneros armados de rifles, sino de la conquista pacífica por mercaderes armados del

metal que pudre las conciencias, y porque tras esos mercaderes están los buques de una armada poderosa que consolidan las conquistas de la rapina diplomática.

Pero los conquistadores de hoy son los mismos conquistadores de ayer. Son los hijos de un pueblo cruel y egoísta, enriquecido en el origen de su propiedad por el trabajo de africanos esclavizados, y territorialmente engrandecido por los despojos de países débiles. Son los hijos de un pueblo miserablemente humillado ante los poderosos, é insolentemente orgulloso ante los pequeños. Son los hijos de un pueblo cobarde que formula denigrantes excusas cuando el Japón le exige respeto; que se encierra en los pliegues de un silencio vergonzoso cuando Turquía le bombardea un barco; que eleva una protesta de tonos lastimeros, cuando Inglaterra le corta el radio de su influencia comercial; que aboga entre el ruido de las palabras inútiles los lamentos de sus hijos sacrificados por Alemania. Son los hijos de un pueblo valiente, en Cuba; más débil por naturaleza, y debilitado aún por un largo bregar heroico, a quien impone un tratado infamante; valiente en Colombia, nación débil y sangrada por sus luchas intestinas, a quien arrebató el mejor de sus puestos; valiente en Nicaragua, pueblo diminuto, a quien despoja de su propiedad y de su soberanía; valiente en C. R., nacionalidad pequeña y pobre pero respetable por su honorabilidad y su cordura proverbial, a quien contesta con el insulto del silencio el reclamo de sus derechos.

Esos son los hombres que tentados por la exuberancia de nuestra naturaleza tropical, y codiciosos de los tesoros que se guardan en las entrañas de nuestra tierra, compraron la conciencia fácil de los pocos perversos que gobiernan en Nicaragua, plantaron en Managua su centro de operaciones, y han clavado ya su garra de conquistadores en el alma inquieta de El Salvador, en el alma turbulenta de Honduras, en el alma serena de Costa Rica.

Enorme es el peligro, y, por lo mismo, inmenso ha de ser el esfuerzo para vencerlo. Que los alhagos del

oro encuentran siempre impeneables los reducidos del honor; que los intentos de la fuerza se estrellen siempre en los baluartes del patriotismo. Tal es lo que Centroamérica exige hoy de sus hijos honestos.

La historia nos enseña que los débiles encuentran en el patriotismo fuerzas de sobra para defender su vida, ó por lo menos para defender su dignidad.

¿No fué, en realidad un pueblo pequeño por el número, pero grande por su entusiasmo patriótico el que venció al formidable ejército de los persas en Salamina?

¿I no estamos viendo hoy cómo los milagros del patriotismo belga han escrito la página de honor nacional más hermosa que registra la historia de la humanidad?

Pero a qué buscar ejemplos en los laberintos de la historia vieja ó en la vida de lejanos países, si aquí hemos visto a un hombre que por virtud del más abnegado patriotismo venció él

solo a un ejército?

Era el 11 de abril de 1856. La horda invasora, parapetada en el mesón de Rivas diezmaba a los defensores de la libertad. De pronto, de entre las filas patrióticas se destaca un hombre maravilloso que cruza todo el espacio en que los proyectiles enemigos sembraban el espanto y la muerte, prende fuego al mesón, y los filibusteros huyen des-pavoridos, mientras el incendiario sublime, en una apoteosis de luz, asciende a los cielos de la inmortalidad por una escala de llamas.

Señores: La lección que nos dejó el más humilde de los hijos de Alajuela, al mismo tiempo el más grande de los centroamericanos, nos enseña que no está todo perdido cuando persisten el vigor en el alma y el patriotismo en la conciencia; y en el alma de Costa Rica están vivos esos dos elementos: este festival lo certifica!

Alajuela, 11 de abril de 1916.

RÉPLICA AL DR. CASTRILLO.

Señor Doctor ROSENDO ARGÜELLO,
Director de PATRIA LIBRE.

San José C. R.

Estimado correligionario y compatriota:

El doctor Salvador Castrillo, en su carrera diplomática, ha tenido innegablemente una actuación eficaz y definida, en la vida social, económica y política de la República de los lagos. Por eso juzgo de interés para todos mis conciudadanos, el darles a conocer lo más exactamente posible, su manera de ser, sus tendencias y sus propósitos: conocimientos tanto más necesarios, cuanto que Castrillo—a pesar de sus fracasos y de sus antecedentes nada honrosos—pretende continuar figurando en primera línea en la cosa pública, y aspira, por alcanzar un sillón presidencial, que es la verdadera finalidad de sus revueltas, de sus escritos pro-americanistas, y de sus maquinaciones perversamente disociadoras.

En una hoja volante publicada por mí en San Salvador, con motivo de infamias que contra mi reputación lanzara y para justificar el cognomen de *calumniador de profesión* con que lo calificué, recordé a Castrillo sus declaraciones calumniosas presentadas ante el Departamento de Estado, contra el Presidente Madriz, cuando aquel era agente de la Revolución; sus maquinaciones, siendo ya ministro de Díaz, para hacer aparecer al Doctor Irías y a los patriotas que lo acompañaban, como políticos que si se oponían a los tratados y contratos, era porque con ellos no se celebraban; y denuncié también sus tremendas acusaciones lanzadas recientemente, en las que continuando en aquella negra tarea, afirmaba que la gestión de los Patriotas liberales encabezados por el doctor Irías, sólo se reducía a la consecución del Poder, para celebrar los Pactos, tratados y Convenciones y apropiarse de los millones. Tales acusaciones se basaban, según él de claraba textualmente en conversaciones sostenidas con el propio doctor Irías, y en la lectura de lo que escribían por la prensa las personas con quienes Irías se entendía. Esto sucedió durante su paso por Washington de regreso de Europa.

Adjuntas encontrará usted la hoja volante a que me refiero, y la contestación que a ella ha dado el doctor Castrillo en el diario "La Prensa", de la capital. Remítoselas para que conozca mejor de este asunto, y las dé a conocer de los amigos.

En su contestación, como Ud. leerá, niega enfáticamente Castrillo ser él quien ha esparcido especies calumniosas contra mí, é incurre en la enorme contradicción—después de lo afirma-

do anteriormente de decir que su acusación respecto a la labor de Irías, se basaba en una carta del doctor Policarpo Bonilla: otra calumnia ésta, pues tengo la convicción de que el Dr. Bonilla—cuya actuación es bien conocida como adalid del patriotismo—nunca se habría entendido con un traidor como Castrillo, menos para arrojar sombras contra un compañero en la cruzada patriótica pro-Nicaragua.

Pero nada desenmascara tan completamente la falacia de Castrillo, como la lectura de los siguientes párrafos de una carta que dirigió a don Efenor Montenegro M., emigrado nicaraguense residente en esta ciudad, quien me ha permitido copia de ellos, convencido de los indignos manejos de ese Quilón Quilónides tan conspicuo, en el drama que se está desarrollando en nuestra patria. Esos párrafos a que me he referido, dicen así:

«... Ud. habrá visto los periódicos. Se habrá dado cuenta que Moraga me ha atacado, influido—es mi parecer—por Díaz o por los Aurelistas que en Managua son adictos al Gobierno. De otro modo no se explica. Cómo al imaginarse que yo estaba bien aquí en círculos oficiales, ha tratado—instado probablemente por Alejandro Bermúdez, de echar baba y lodo sobre mí. Esto porque se imaginó estúpidamente, que podía estar bien yo aquí. ¡Cómo sería si hubiese el menor indicio, la menor probabilidad para la causa nuestra! Cómo ha de ser prudente uno en estos tiempos! Así fracasan todos los intentos en Nicaragua.

«Gente que se dice enemiga del gobierno es la que denuncia, y uno no siempre desconfía de quienes tienen toda apariencia de ser adversos al orden de cosas actual en Nicaragua. Por eso yo tengo para mí que Irías, tanto como Aurelio, Sebastián Salinas y otros, están entendidos con Díaz. Tienen un arreglo que no quieren que se les descomponga, un armisticio hasta las famosas elecciones, y por eso denuncian, frustran cualquier intento, o siquiera una sombra de intento!

«Usted verá quizás, los artículos míos que le dieron p. etexto a Moraga para atacarme, en la creencia de que levantaría el sentimiento público en mi contra. Esos artículos los escribí así (a favor de la intervención americana) porque entiendo que no conviene tener en contra a los E. E. U. U. por cualquiera eventualidad. Así como Irías está en Washington, y se declara en favor del Tratado del Canal y de la base en el Golfo de Fonseca, así como Irías se compromete a guardar paz y conservarla mientras el tratado pasa en el Senado, yo, que de verdad tengo amigos en el Depto. de